

El Salterio Volador



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

El Salterio Volador

Fernando Olavarría Gabler

Federico estaba pasando sus vacaciones de verano en Concón. Una tía, hermana de la mamá de Federico, fue a visitarla. La tía Ilse vivía en Valparaíso e invitó al niño para que se alojara por algunos días en su casa y así poder disfrutar de las delicias del Puerto. La tía le prometió al niño que harían un paseo en lancha por la bahía y tomarían té en el Café Riquet. Federico quedó entusiasmado y partió con su tía de vuelta hacia el cerro Concepción. Pero antes fueron al Café Riquet. Después de disfrutar de un rico chocolate helado, de un “sandwich York” y de una torta de piña con crema, el niño tuvo la felicidad de subir en el ascensor Turri, y después de caminar por antiguas, angostas y tortuosas calles llegaron a la casa de la tía Ilse. Las habitaciones de la casa eran bastante altas y estaban cubiertas por viejos papeles importados, cuyas flores, desteñidas por los años, aún mostraban su hermosura y delicadeza. Arcaicos muebles de gran tamaño se habían instalado en la casa, y Federico pensó que muebles

tan grandes no habrían cabido en su hogar. Largas y angostas ventanas cubiertas por visillos tejidos a “crochet” por la tía Ilse, le daban un toque tradicional a toda la casa en cuyas habitaciones se olía un suave aroma, mezcla de las flores que estaban en el living y del “kuchen” que estaba en la cocina.

Federico no quiso cenar y la tía Ilse lo llevó a su dormitorio. Subieron por una larga escalera al segundo piso. La escalera tenía una gruesa y reluciente baranda de fina caoba, y el niño pensó que a la mañana siguiente podría deslizarse por ella cuando bajara al primer piso a tomar desayuno.

La ventana del dormitorio ofrecía una linda vista a la bahía. Debajo de ella había una jardinera con hermosas flores rojas. Federico se asomó para ver el vecindario. Observó que las casas vecinas contiguas a la de la tía, eran similares, incluso con las mismas jardineras. La casa a la derecha lucía lindas flores pero la de la

izquierda, la jardinera estaba con flores secas y los vidrios de las ventanas se veían sucios de polvo. Uno de ellos estaba roto. El niño pensó que la casa del lado izquierdo estaba deshabitada y ese día le preguntó a la tía si alguien vivía allí. La tía le respondió que en verdad la casa estaba abandonada. Años atrás vivía un hombre que se dedicaba al comercio de instrumentos musicales, porque un buen número de los habitantes del cerro Concepción y del cerro Alegre se entretenía en tocar música. Eran tiempos felices -contaba la tía-. En las noches de invierno algunos vecinos se reunían en una de las casas y formaban pequeñas orquestas. Lo pasábamos muy bien. Nosotras servíamos “kuchen” y se bebía ponche caliente. Pero esos buenos tiempos pasaron. Mi vecino se fue a la guerra y nunca más volvió. Como sus parientes vivían en Europa, nadie se interesó por la casa y ésta ha permanecido cerrada por mucho tiempo.

Esa tarde la tía Ilse llevó a Federico a dar un paseo por la bahía.

El niño quedó maravillado al apreciar las gigantescas naves mercantes cuando la lancha pasaba cerca de ellas. ¡Eran inmensas! También admiró los buques de guerra con sus cañones y las banderas chilenas flameando al viento. Fue un paseo inolvidable.

Llegó la noche. Federico cenó con su tía y luego se fue a acostar. Mientras subía la escalera iba pensando en la casa abandonada del lado izquierdo. ¿Qué había sido del dueño? ¿Habría muerto en la guerra? La pared donde estaba arrimada su cama era la misma pared de la casa misteriosa. Cuando se acostó, le invadió un leve temor pero también sintió una gran curiosidad por saber qué había al otro lado. Luego de rezar sus oraciones se quedó profundamente dormido, como duermen los niños abrazados a su ángel.

Estaba avanzada la noche cuando Federico despertó sobresaltado. Había escuchado el maullido de un gato.

Se levantó sigiloso y se asomó por la ventana.

Nada. Silencio.

La noche estaba estrellada. Abajo, los barcos dormían en la bahía con sus luces encendidas. La belleza del paisaje se mezclaba con el silencio nocturno. El niño contemplaba embelesado todo esto. El perfume de las flores de la jardinera llegaba hasta él. De pronto nuevamente escuchó el maullido del gato pero ahora se oía debajo de su cama; volvió a ésta y se asomó debajo de ella. El catre de bronce tenía unas patas largas y el niño no tuvo inconveniente en meterse debajo para buscar al gato. No había ninguno pero descubrió que en la pared había un gran agujero que comunicaba con la casa abandonada y que él fácilmente podía atravesarlo. Los maullidos venían del otro lado. Sin titubear Federico pasó por el agujero y se encontró con una gran sala donde había varios instrumentos musicales, todos ellos cubiertos por una gruesa capa de polvo. A la luz de las estrellas, que

llegaba por la ventana, el niño pudo reconocer contrabajos, violines, violonchelos y algunos instrumentos de bronce que estaban dentro de unas cajas negras cuyas tapas estaban abiertas. En esos momentos oyó un ronroneo y al mirar hacia la ventana vio a un gato que estaba sentado en el alfeizar y lo observaba con sus hermosos y brillantes ojos.

-¡Hola!-dijo el gato-¿Tú eres Federico?

-Sí.

-Mi nombre es Fernandina, y soy pariente de tu gato Fernandín. Quería conocerte y te vine a saludar. Yo soy también mágica, igual que mi primo, es por eso que puedes hablar conmigo.

La gatita bajó de un salto y se aproximó a donde estaba Federico.

-La habitación en que estamos también tiene poderes especiales ¿ves ese violonchelo con las cuerdas rotas que está en ese



rincón? Él es capaz de volar. ¡Te invito a que viajemos en él!

La gatita llegó hasta el instrumento que estaba roto, y se acomodó dentro de él.

-Ven Federico. Siéntate al lado mío y empecemos nuestra aventura. El niño obedeció y Fernandina, pulsando con su patita la única cuerda que le quedaba al averiado instrumento, la hizo vibrar, y el sonido fue en aumento, cada vez más intenso, y el violonchelo se elevó lentamente quedando en el centro de la habitación, después salió por la ventana abierta y voló por encima de las casas. Los cerros quedaron atrás y Fernandina y Federico sobrevolaron la bahía y luego se dirigieron al Norte. Iban sobre el mar. Hacia el Este se divisaban las luces de Viña del Mar, y más allá las de Quilpué y Villa Alemana.

El violonchelo se deslizaba a gran velocidad, con las clavijas adelante, como mascarón de proa; pasó sobre Concón y Quintero y se perdió en la noche.

Hacía frío, pero la caja del instrumento los protegía del viento. En esos momentos iban sobre una larguísima playa solitaria. A lo lejos divisaron una luz; era una gran hoguera. Cuatro hombres observaban impasibles el fuego que iluminaba todo a su alrededor. Una duna de paredes casi verticales llegaba hasta la playa, en ellas había unas jaulas semienterradas en la arena. Federico, al divisarlas quiso verlas más de cerca, le dijo esto a Fernandina y el violonchelo giró hacia las dunas y se desplazó lentamente frente a ellas. El niño constató con asombro y temor que en las jaulas había seres humanos que, al divisar al violonchelo con el niño en su interior, empezaron a gritar que los sacaran de allí. En cada jaula, un ser humano, andrajoso, de larga cabellera y barba sucia, vociferaba y golpeaba los barrotes con un plato de metal. ¡Sácame de aquí niño y serás recompensado! ¡Sáquenme de aquí! Gritaban desesperados cuando el niño pasaba cerca de ellos.

El violonchelo voló más bajo y se detuvo frente a una jaula que estaba al mismo nivel de la playa. En el interior de ella Federico vio una niña de unos nueve años de edad, que lo miraba con sus negros ojos suplicantes.

-¿Por qué te tienen encerrada? Preguntó el niño.

-Porque he robado dinero.

-¿Cómo así? ¿Cuál es tu nombre?

-Me llamo Ailatan.

-Extraño nombre, comentó el niño. ¿A quién le robaste?

-Yo vivía con mi madre que cuidaba a una anciana viuda. Ella era muy buena con nosotras, porque no teníamos dónde vivir y nos acogió en su casa. A pesar del cariño que recibía de ella principié a sacarle dinero de su cartera para gastarlo en dulces y otras golosinas. Un día mi mamá me sorprendió robando y fue tan grande su pena que enfermó de tristeza, y yo, pensando que podía mitigar la angustia de

ella me fui de la casa y empecé a vagar por las calles. En una de esas me cogieron esos hombres que ves en la fogata y me encerraron aquí.

-¿Cuánto tiempo estarás prisionera?

-No sé. Me dijeron que me retendrían hasta que me arrepintiera de mi mala actuación.

-¿Y los otros prisioneros también han actuado mal? Preguntó Federico.

-Su mal comportamiento es muy grande- respondió Ailatan. Los han tomado prisioneros en la playa cuando hacían cosas muy feas que yo desconozco. Yo no sé si son hombres verdaderos o son sus espíritus malos los que están encerrados en las jaulas.

-Libérenme. Les prometo que me portaré bien.

-Esta noche no será posible-respondió Federico. La energía del violonchelo se está acabando y debemos regresar. ¡Adiós Ailatan! ¡Te prometemos que volveremos! Después de decir esto la gatita hizo

girar al violonchelo en dirección al mar y después de un rapidísimo vuelo llegaron hasta la ventana de la casa vecina y el instrumento musical se posó suavemente en el suelo.

-Ha llegado el momento en que debes atravesar el agujero de la pared y meterte en la cama.- dijo Fernandina.

-¿Nos veremos nuevamente?-preguntó el niño.

-Sí. Mañana viajaremos otra vez y liberaremos a Ailatan. ¿Qué te parece? Buenas noches. Diciendo esto la gatita saltó por la ventana y desapareció en la oscuridad.

Amanecía. Los gallos cantaban la venida del nuevo día. Federico atravesó la pared por el agujero y se introdujo entre las sábanas.

Al día siguiente despertó a las doce del día. La tía Ilse estaba preocupada. Pensó que su sobrino podría estar enfermo. Pero no era tal, su sobrino estaba trasnochado. Ese día era domingo, y la tía invitó

al niño para asistir a misa a la catedral; y después pasearse en la plaza Victoria y escuchar la banda de músicos que tocaban a esa hora. Los acordes musicales de los bronces entusiasmaron a Federico. La tía Ilse compró un paquete de trigo para que el niño alimentara a las palomas. Llegaron volando y rodearon a Federico con gran contento de éste. Cuando terminó de alimentar a las palomas, Federico, que había guardado un pan en uno de sus bolsillos, lo partió en pequeños trozos, se dirigió a la fuente que estaba en el centro de la plaza y lanzó algunas migas al agua; acudieron unos lindos peces rojos que se comieron todas las migas.

El domingo en la tarde el niño se quedó en la casa. La tía Ilse, sentada frente al piano, en el salón, tocó hermosas melodías, especialmente música de Chopin. El niño se entretuvo jugando en la alfombra con unos soldados de plomo que habían pertenecido al papá de la tía. Pensaba en Ailatan ¿Qué sería de ella? ¿Habría sido un sueño

todo lo que había sucedido la noche pasada? Recordó que él había volado en otras ocasiones. Le vino a la memoria el vuelo de las garzas con su gatito Fernadín, también cuando se había puesto el traje de la viejita Francisca, y el vuelo maravilloso con el pudú, hacia el mundo de las hadas dentro del baúl mágico del abuelo. Si realmente había volado en todas esas ocasiones no era imposible que hubiera volado la noche anterior en un violonchelo mágico.

Anocheía. El niño, después de cenar le dio un beso de buenas noches a la tía y se fue a acostar. Desde su cama contemplaba a través de la ventana abierta la noche estrellada. A lo lejos la sirena de un barco rompió el silencio solemne.

Federico deseaba con ansiedad oír el maullido de la gata, pero Fernandina no aparecía. No se atrevía a mirar debajo del catre para cerciorarse si aún existía el agujero en la pared. En esos instantes escuchó unos maullidos debajo de la cama, se levantó de un salto y se

asomó. Allí estaba el agujero que lo invitaba a pasar. Al otro lado se encontró con su amiga que lo estaba esperando, ahora encaramada sobre un contrabajo que estaba arrimado a la pared.

-Esta vez cambiaremos de instrumento- dijo la gata en forma de saludo. Viajaremos en un salterio.

-¿Qué es eso? Preguntó el niño.

-El salterio es un instrumento musical muy antiguo, posee muchas cuerdas y se tocaba en la Edad Media. El que ves al frente perteneció al dueño de esta casa, y es uno de los pocos que existen en estos tiempos. Al pulsar sus cuerdas descubrí que también es un instrumento mágico, y no está tan deteriorado como el violonchelo. Te invito a viajar en él para visitar a la niña Ailatan y liberarla de su prisión.

-Pero ¿cómo cabremos dentro de él? Es demasiado pequeño.

-No te preocupes- dijo la gata- eso déjame a mí; y haciendo

vibrar una de las cuerdas se introdujo dentro de la caja de resonancia. Vamos Federico. Entra tú también... Federico sin titubear avanzó hacia las cuerdas y sin darse cuenta cómo ni cuándo, ya estaba junto a su amiga, ambos listos para emprender el vuelo.

-Afirmate bien-dijo Fernandina y pulsando nuevamente una de las numerosas cuerdas salieron volando por la ventana.

El salterio se desplazaba a mayor velocidad que el violonchelo, además el vuelo era suave y silencioso. En pocos minutos llegaron a la playa. La fogata estaba casi apagada y los guardianes no estaban presentes. La gatita guió al salterio hacia un alto poste que estaba empotrado en la playa y en su extremo colgaba un manojito de llaves. Eran las llaves de las puertas de las jaulas. Coge el llavero- dijo la gata-, elige la llave más pequeña, es la que corresponde a la jaula de la niña. Federico agarró el llavero y el salterio aterrizó suavemente en la playa. El niño bajó a la arena, se



aproximó a la prisión de Ailatan y la liberó. La niña saltaba y reía con gran felicidad.

-¿Qué haremos ahora? Preguntó Ailatan.

-Te llevaremos a casa donde tu mamá te espera- respondió Federico, y cogiéndola de la mano ambos brincaron al interior del salterio, el cual, inmediatamente se elevó por los aires a gran altura y se dirigió hacia el Noroeste. La velocidad que había adquirido el instrumento era alarmante y la gatita les manifestó que no podía gobernarlo. -Está volando a su antojo- confesó Fernandina, y se está desplazando en una dirección opuesta a la que deberíamos ir.

-¿Por qué ha tomado esa decisión? Preguntó Federico.

-Creo que se está dirigiendo hacia las tierras donde él era tocado-dijo la gata- y si no me equivoco, llegaremos a Europa, a Francia, y, me temo ¡a los tiempos de la Edad Media!

El niño estaba sobrecogido de miedo y acurrucándose en el

interior del salterio, esperó en la oscuridad que terminara luego el inesperado viaje. También la niña y la gatita, tendidas en el interior, esperaban pacientemente que terminara todo esto lo más pronto posible.

El salterio volaba a una velocidad asombrosa y sus cuerdas vibraban intensamente al ser pulsadas por el viento. Federico no se acordaba si se había quedado dormido. De pronto el instrumento disminuyó la velocidad y los tres viajeros se asomaron a través de las cuerdas. Abajo el suelo estaba nevado. Hacía mucho frío. A lo lejos se divisaba un castillo con sus torres almenadas. Algunas ventanas estaban iluminadas. El instrumento se dirigió hacia allá y se introdujo por una de las ventanas. En el interior había una gran sala calentada por una chimenea donde ardían gruesos troncos. Delante del fuego había un biombo redondo hecho de mimbre o algo parecido, que impedía que saltaran las chispas y amortiguaba el calor del fuego. Más

allá había una larga mesa donde estaba sentado el señor dueño del castillo, no podía ser otro ya que vestía un maravilloso ropaje de terciopelo azul y un hermoso gorro de piel de marta cubría su cabeza. Alrededor de él numerosos cortesanos lo estaban saludando. Otros recién habían llegado y después de saludar al dueño del castillo se calentaban las manos al fuego. Los platos y las copas eran de oro macizo y también los jarros donde se servía el vino. A Federico le llamó la atención unos personajes que hacían la labor de servir las copas al señor del castillo, uno cortaba con un cuchillo las presas de aves y otros animales que estaban encima de la mesa, y otro cuidaba de unos feroces mastines que estaban próximos al señor; en esos momentos los estaban alimentando con los desechos de las presas de carne que el trinchador dejaba sobre unos panes redondos. Federico quedó vislumbrado al observar una magnífica vajilla que brillaba en un rincón de la sala. Jarros, cuchillos, copas, fuentes y platos, todos



eran de oro macizo.

-Sospecho que hemos entrado al castillo del duque de Berry-
murmuró Fernandina. En esos momentos el salterio se mantenía a
gran altura en el interior de la enorme sala y los comensales no habían
percibido su entrada silenciosa por la ventana. Cuando empezó a
descender y se posó suavemente sobre la mesa sorprendió a todos y
algunos caballeros desenvainaron sus espadas. Cuando vieron que se
trataba de dos niños y un gato, se echaron a reír y envainando sus
espadas y dagas continuaron conversando, comiendo y bebiendo.

A Federico le llamó la atención la vistosa y rara indumentaria
que lucían. Vestían largos trajes que colgaban desde los hombros hasta
las rodillas dejando al descubierto las piernas que ostentaban medias
de fuertes colores, rojo, blanco y negro. Estos matices eran diferentes
en cada pierna.

-Aproxímense- dijo el Duque. ¿De adónde salieron ustedes?

-Venimos de Valparaíso- respondió Federico. El salterio, que está encantado, nos trajo hasta aquí sin nuestra voluntad.

-¿Del valle del Paraíso? ¿Acaso han llegado del cielo? ¿Son ángeles?

-No-Respondió Ailatan. Somos niños.

-¿Saben tocar el instrumento que los ha traído hasta aquí?

-No. No lo sabemos tocar. Pero sí yo sé cantar dijo Federico.

-¿Cantan? Me agrada el canto y la música; también mis perros y la caza. ¿Qué canción podrías brindarme niño?

Federico se sintió afligido ¿qué canción podía cantarle al duque, estando de pie sobre la mesa y rodeado de manjares exquisitos dispuestos en platos de oro? Al ver una presa de ave se acordó de la canción del gallito perdido, y empezó a cantar:

“He perdido mi gallito la la
he perdido mi gallito la la

chiquitito la la, chiquitito la la
y no lo pueedo encontrar.
Se habrá ido a la China la la,
se habrá ido al Japón la la la,
chiquitito la la, chiquitito la la
y no lo puedo encontrar...”

Los comensales nuevamente se habían puesto a comer, a beber y a conversar haciendo un gran bullicio, sin hacerle caso al niño que se puso nervioso y no pudo seguir cantando.- Muy extraña tu canción-dijo el duque, ¿y la niña sabe también cantar? En esos momentos Ailatan se había bajado de la mesa y se escurría silenciosamente entre los cortesanos situados más distantes del duque. Unos mastines empezaron a ladrar y la niña, asustada volvió donde estaba el salterio. Unos perritos pomerania que estaban comiendo sobre la mesa en los platos en que se servía a los invitados, al ver a la niña, empezaron

también a ladrar. Una dama, lujosamente vestida, exclamó que alguien le había extraído su prendedor que lucía en el pecho. No le cabía la menor duda que había sido esa niña- expresó con rabia. ¡Préndanla!

Ailatan, muy asustada se refugió dentro del salterio y desde adentro le gritó a Federico que se introdujera por uno de los agujeros del instrumento y emprendieran la fuga. Los comensales estaban irritados y se abalanzaron hacia el salterio para cogerlo, pero el instrumento se les escapó de las manos y salió volando por la ventana perdiéndose en la oscuridad. Se había salvado de ser destrozado con sus tripulantes adentro y ahora volaba de vuelta rumbo a su hogar.

El viaje fue tedioso y los tres ocupantes del salterio iban callados, cada uno con sus propios pensamientos. Entonces, la niña sacando de su pecho una preciosa joya, la mostró a Federico y se la ofreció como recompensa de haberla librado de su prisión.

- ¡Por qué robaste esa joya? Preguntó el niño indignado. ¿No sabes que eso es muy feo?

La niña, al no recibir un gesto de agradecimiento sino una reprimenda, se puso a llorar.

-¡Eso no está bien! Comentó Federico. ¿Por qué lo haces?

Ailatan, entre gimoteos e hipos, se desahogó relatándoles a sus compañeros de viaje, que ella no había conocido a su papá, y que su mamá y la señora, a pesar de ser muy bondadosas, eran muy estrictas con ella. La niña, sollozando, confesó que tenía ansias de cariño, que alguien la besara y la mimara, pero nada de ello había en su vida, y para llenar ese vacío tenía incontenibles impulsos de robar.

-Con tu actitud- respondió Federico- en vez de encontrar cariño encuentras el rechazo de los que te rodean y recibes enojo y falta de amor. No robes más y sé buena.

-Así lo haré replicó la niña, y cogiendo la joya la sacó por uno

de los agujeros del salterio y la lanzó al mar.

No fue menos largo ni menos rápido el viaje de retorno; finalmente el salterio aterrizando en una calle de Viña del Mar se detuvo sobre el pavimento como si invitase a que la niña se bajara, así lo hizo Ailatan y con asombro vio que estaba frente a la casa donde vivían la anciana y su mamá.

-¡Adiós!- se despidió-. La compañía de ustedes me ha hecho feliz y el viaje ha sido una gran lección para mí. De aquí en adelante seré una niña buena ¡Se los prometo!

-¡Adiós!-respondió Federico. ¡Fernandina y yo te queremos mucho! La niña despidiéndose con un brazo en alto entró a la casa y cerró la puerta.

Federico quedó pensativo. Tenía la sensación que los consejos que le había dado iban a ser de utilidad. ¡Qué felicidad la de mamá cuando viera llegar a su hija!

Con esos pensamientos estaba cuando el salterio reanudó el vuelo.

-Ahora iremos a donde yo vivo- dijo Fernandina. Acompáñame. Después, el salterio te irá a dejar a la casa de la tía Ilse.

-¿A dónde nos dirigiremos?

-Al Jardín Cerrado más arriba de las nubes.

-¿Allí vives tú?

-Sí- dijo la gatita. Es un jardín fascinante con incontables flores y numerosos pajarillos que cantan si cesar. Sus trinos y gorjeos son más hermosos cuando nos visita la dueña del jardín. Es una mujer maravillosa. Yo la quiero mucho. Es una Reina del Cielo.

-Vamos a visitar el jardín-expresó Federico. Ojalá que la señora esté presente cuando lleguemos.

El salterio se elevó hacia el cielo, sobrepasó unas nubes y continuó ascendiendo. A medida que subía, el cielo se iba aclarando

hasta hacerse resplandeciente. Era una luminosidad difusa, blanca, que transmitía pureza. En medio de este resplandor llegaron a un jardín rodeado por murallas que parecían ser de un castillo o de una fortaleza.

El salterio descendió y se posó suavemente sobre un césped magnífico. Hermosas plantas de diferentes orígenes crecían en el interior. Las flores eran estupendas y de un colorido sobrecogedor; variados tipos de perfumes se combinaban armoniosamente para gran dicha de los recién llegados. Numerosos pajarillos posados en las ramas de los árboles unían sus voces en forma encantadora. Sus trinos se entremezclaban haciendo pensar al que los escuchaba que estaba frente a una orquesta. Era un estupendo concierto de gorjeos y trinos. Cuando se posó el salterio en el centro del jardín, los pajarillos dejaron de cantar, al parecer estaban sorprendidos, pero poco a poco retornaron su canto.

-¿Aquí vives tú?- le preguntó el niño a Fernandina.

-Sí. Este es mi hogar.

-¿Te alimentas de los pajaritos?

-No-replicó la gata. Aquí nadie come ni duerme, solamente damos gracias por vivir aquí.

-Ven. Te llevaré donde la dueña de este jardín. La gatita caminando entre plantas y flores llegó a otro lugar aun más encantador donde estaba una hermosa señora leyendo un libro. Estaba graciosamente apoyada sobre una mesa de mármol hexagonal. El niño se aproximó a ella y la dama dejó de leer y le sonrió con gran bondad. Su rostro era bellissimo e irradiaba pureza.

-¿Qué estás leyendo? Preguntó el niño.

-Leo el paso de mi Hijo en la Tierra.

-¿El paso?

-Sí, cuando Él estuvo allá.



-¿Tú eres la dueña de este jardín?

-Sí.

-Es muy lindo, balbuceó el niño.

-¿Tú llegaste con la gatita Fernandina? ¿La viniste a dejar?

-Sí.

-Bueno. Es tiempo que regreses. La tía Ilse y tus papás te esperan allá abajo- dijo la Señora con una sonrisa encantadora.

-Adiós- dijo Federico, y se acercó a la dama para despedirse. La Señora le dio un beso en la frente y Federico corrió feliz de vuelta y la gatita lo siguió con la cola en alto.

-Yo también me despido dijo Fernandina.

-¿No vienes conmigo?

-No. Federico. Te revelaré un secreto. Soy un espíritu de gata, y estoy agradecida de tu abuelo. Por él quise conocerte y cuidarte en tu aventura. Tiempo atrás llegué a la casa de tu abuelo, que en un



principio no le pareció bien mi inesperada visita, pero yo no tenía casa y en mi vientre tenía tres gatitos. Tu abuelo me acogió, me alimentó y me ubicó en un refugio fuera de peligro, donde los perros no pudieran atacarme. Una mañana nacieron mis tres hijitos. ¡Eran amorosos! Todos los niños de la casa vinieron a verlos. Los cachorritos crecieron, estaban gordos y bien alimentados. Una tarde se me ocurrió dar un paseo por el bosque. Me descubrieron unos perros y me mataron.

-¿Y tus gatitos? Preguntó Federico consternado.

-Pasaron hambre. Después fueron adoptados por unos vecinos. Están muy bien.

-¡Adiós!

El espíritu de la gatita se fue caminando entre las flores y se perdió de vista en el jardín.

Los pajarillos habían dejado de trinar.

Federico se quedó solo y pensativo. El salterio estaba frente a

él, parecía que lo invitaba a entrar para iniciar el viaje de regreso. Al niño le costaba comprender que su amiga Fernandina no era una gata de carne y hueso sino un espíritu de gata. ¿Acaso Ailatan habría sido también un espíritu de niña?

Saltó dentro del salterio y éste, haciendo vibrar sus cuerdas inició el vuelo de regreso. Los pajaritos nuevamente cantaban alborozados y las cuerdas del salterio mágico tocaban una extraña y armoniosa melodía. Voló silenciosamente en la noche y lejanas voces cantaban a través del firmamento.

El niño dormía dulcemente en el interior del instrumento musical.

Despertó en la pieza de la casa vecina. Salió de la caja de resonancia y, medio dormido, se introdujo por el agujero y se fue a la cama.

La noche estaba serena.

Aun se escuchaba el lejano cantar de los ángeles en el cielo. El niño dormía profundamente. Mañana estaría con sus padres.

Fin

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina